

lugar, barriadas enteras ofrecían la carie negra del incendio; en este paseo, que tuvo espléndida arboleda, sólo quedaron los hoyos, nidial de retorcidas raíces al descubierto. ¡Desolación sistemática! Hasta los ricos olivos, hasta los viñedos que dieron fama y provecho al agro del Priorato ofrecían la dantesca visión de talas incomprensibles. Yo he visto un bosque secular de algarrobos segado ni más ni menos que como campo de palmito en hosca paramera. Yo he contado en algún pueblo —creo que fué en Granadellas— más de la mitad de las casas demolidas, y... ¡en aquel lugarejo los rojos no habían resistido arriba de media hora el empuje conquistador de las Brigadas de Navarra! Y los naturales afirmaron a nuestro Mando, apenas lo vieron llegar, que la breve defensa se había sostenido no más que por un par de docenas de tiradores, mientras que el resto de la Brigada Internacional

que allí se encontraba se había dedicado a incendiar y a volar los edificios en los que habían recibido alojamiento y trato generoso durante cerca de medio año.

¡Y así siempre! Este es el sello inconfundible de nuestra guerra; éste es el rastro trágico del sistema marxista. ¡Destruir! ¡Combatir más con la dinamita y la piqueta que con el fusil o la bayoneta! Para ellos, lo de menos estaba en avanzar, en conquistar poblaciones, en adueñarse de centros productores, en inutilizar o destrozar nuestras divisiones... Les interesaba mucho más la acción destructiva, arrasadora, de su retirada. Ellos, los que tal sistema propugnaban e imponían, sabían de sobra que luego no tendrían que pechar con la misión reconstructiva, y que el problema del resurgimiento nacional no les habría de afectar; que no les quitaría el sueño el estado de impotencia, de ruina y ausencia de medios de



*Conquista de los Pirineos. Alambradas enemigas en el puerto de Bonaygua. (Foto "Ediciones Españolas".)*